

## Conferencia magistral

### Historia y ficción

Jean Meyer

Presentación a cargo de Guillermo de la Peña

Martes 01 de septiembre de 2009

Es la hora de los agradecimientos. Gracias a mi querido Guillermo por esas palabras que me llegan al fondo del corazón. Gracias a la Universidad de Guadalajara, a los organizadores, a todos los organizadores intelectuales y materiales de la Cátedra Julio Cortázar, por esa invitación que es un honor. Un compromiso que me puso a trabajar durante meses, con entusiasmo.

Para empezar tengo que evocar un poco, muy brevemente, a una relación muy especial que tenemos mi familia y yo con Julio Cortázar sin nunca haberlo conocido. Lo que pasa es que antes de descansar en un panteón parisino Julio Cortázar pasó mucho tiempo en una casa de su propiedad en un pequeño pueblo trepado en un peñasco de la Provenza profunda, se llama Saignon, situado a cuatro kilómetros de la casa de mis padres, y donde vamos cada año. Y cada año vamos a ese pueblito de Saignon y pensamos a Julio Cortázar. Pensamos a un Julio Cortázar que tenía como vino favorito el blanco de Alsacia llamado Sylvaner, y mi padre siempre, mis padres, de origen alsaciano, siempre tenían de ese vino. Bueno sin contar que Julio Cortázar tenía una preferencia para el músico inolvidable Charlie Parker.

Guillermo mencionó a Rayuela. Debo confesar que no había leído Rayuela cuando escribí ese libro. De Cortázar más que todo me gustan los relatos y entre los relatos mis preferidos son “Las armas secretas”, “Las babas del diablo” y la fantástica “Autopista del sur”, un embotellamiento interminable que desemboca en una locura absolutamente extraordinaria. Pero eso sirve de entrada a mi ponencia. Cortázar nos dice, y es un juego que yo practiqué de chico, durante horas y días, año tras año.

“Rayuela se juega con una piedrita que hay que empujar con la punta del zapato. Ingredientes una acera, una piedrita, un zapato y un bello dibujo con tiza, preferentemente de colores. En lo alto está el cielo abajo está la tierra. Es muy difícil llegar con la piedrita al cielo, casi siempre se calcula mal y la piedra sale del dibujo.”

Pues puede uno tomar la rayuela como la metáfora de las relaciones entre la Historia y la ficción. Y los intentos de los historiadores para utilizar las formas narrativas de la novela, pues corresponde a eso. “Es muy difícil llegar con la piedrita al cielo, casi siempre se calcula mal y la piedra sale del dibujo.” Guillermo mencionó a Aristóteles. Bueno, me quitó la cita que es el principio de mi ponencia:

“El papel del poeta es decir, no lo que ha ocurrido realmente, sino lo que podría ocurrir en el orden de lo verosímil o necesario. Es que la diferencia entre el poeta y el cronista no proviene del hecho de que el uno se expresa en versos y el otro en prosa... la diferencia es que el segundo dice lo que tiene lugar, mientras que el primero lo que podría tener lugar, es decir, lo posible; por esa razón la poesía es más filosófica y más noble que la crónica; la poesía trata más bien de lo general, la crónica de lo particular.”

Aristóteles, *Poética*, párrafo 9

En un pequeño libro escrito en 1614, en francés, *La manera de leer la Historia*, (*La manière de lire l'Histoire*), René de Lusigne nos cuenta que a los doce años empezó por la lectura de las novelas de caballería: *Huon de Bordeaux*, *Los cuatro hijos de Aymon*, *Ogiero el danés*. “Cuando salí de tan quimérica ciencia, conocí la verdadera historia, tanto la sagrada como la profana, la de los griegos y la de los romanos”.

Yo he sido siempre apasionado lector de literatura. Mis primeros recuerdos de lectura son la *Ilíada* y la *Odisea* así como *Cuentos y leyendas del mundo griego y bárbaro*, y curiosamente los mismos libros mencionados un poco despectivamente por René de Lusigne, libros para niños publicados en los años veintes que habían sido premios escolares de mis padres, mezcla fabulosa de leyenda épica y de historia poética. Y desde aquel entonces siempre he pensado que la literatura es una fuente de intuiciones primordiales. La literatura rusa ha pesado mucho en mi formación, Pushkin, Gogol, Turgueniev, Dostoievski, Tolstoi y todos los grandes del siglo XX soviético y ruso, ruso de nuevo.

Mi experiencia fundamental como historiador, es que muchas veces la literatura alcanza, con una eficacia y con una contundencia, lo que nosotros buscamos y no alcanzamos. Cuántas veces no exclamé con envidia y admiración: “¡Él lo dice mucho mejor que todos nosotros!” Pienso en *Rescoldo*, de Antonio Estrada, sobre los últimos cristeros de Durango, libro que Juan Rulfo me recomendó diciendo: “Es una de las cinco mejores novelas de la revolución mexicana” y efectivamente para entender la *Cristiada*, *Rescoldo* es lo mejor.

Es cierto que hay una diferencia entre los hechos históricos y los hechos de ficción, inventados. No estoy abogando para la confusión de géneros entre historia y ficción. Sin embargo Octavio Paz ¿es poeta, filósofo, político, historiador? Los historiadores no aceptan su libro sobre Sor Juana, yo sí, yo digo que es un gran libro de Historia. Y podríamos enumerar así muchas gentes para decir que es tiempo de olvidar esa concepción dura, positivista, de las ciencias sociales. Yo prefiero llamarlas humanas. Después de todo, Clío, la hada madrina de la historia, de los griegos, es una musa, una hermosa divinidad femenina, una de las muchas hijas de Mnemosina, la memoria.

Hayden White exagera apenas cuando dice que escribir un libro de Historia es como escribir una novela. Ahora, Luis González decía que había dejado de leer novelas porque la Historia rebasa en imaginación a todos los novelistas. Y cuando vemos hoy en día esa cantidad de novelistas que agarran temas históricos, uno se pregunta si no se les ha secado la imaginación a esos novelistas. Entonces, la historia como novela verídica, para hacer la síntesis entre White y Luis

González. Creo que si los historiadores cuentan acontecimientos verdaderos que tienen al hombre como actor, la historia es una novela verdadera. Eso es lo que creo.

En el siglo XIX, cuando la historia intentaba alcanzar la supuesta dignidad de ciencia dura, sobre el modelo de las ciencias naturales, los novelistas fueron capaces de ganarles en profundidad a los historiadores. Alejandro Dumas en Francia, W. Scott en Inglaterra, en Escocia, Manuel Payno en México, Tolstoi en Rusia con *La guerra y la paz* son fabulosos. Cuando empecé a preparar mi libro *Rusia y sus imperios*, no tardé en darme cuenta que los escritores rusos que mencioné al principio, me eran mucho más útiles que tantos documentos y publicaciones. Hay un *continuum* entre el arte del novelista y el oficio del historiador. *Guerra y paz* de Tolstoi, el *Doctor Zhivago* de Boris Pasternak, *Vida y destino* de Vassili Grossman y *La rueda roja* de Solzhenitsyn, demuestran que el novelista, el gran novelista evidentemente, no el mediocre, puede ser más historiador que los mejores historiadores.

Incluso se pueden anticipar a los historiadores, y voy a dar un solo ejemplo. El gran escritor polaco, poeta, novelista también, y ensayista Cheslav Milov, que murió hace unos pocos años, en 1943 escribió un poema desgarrador que tiene un título italiano, se llama *Campo dei fiori*, y lo escribió en el momento del levantamiento y de la destrucción del *ghetto* de Varsovia por el ejército de la Alemania nazi. Escribe el poema un hermoso domingo de primavera, cuando el *ghetto* está ardiendo. El *ghetto* está separado del resto de la ciudad por un muro y, de este lado del muro, hay una kermés, hay una fiesta, y hay un volantín donde los niños están en los subibajas de los caballos y Milov escribe: “Y los vestidos de las niñas volaban al viento de las casas incendiadas, y la gente reía feliz en ese hermoso domingo de Varsovia cuando las cenizas caían como pétalos de cerezos en flor.” Y en el mismo poema decía: “Somos testigos, y por lo tanto, somos culpables.” 1943 Apenas el historiador tardó cuarenta años en escribir esa historia. Los primeros libros, escritos por historiadores polacos, sobre el levantamiento y la destrucción del *ghetto* de Varsovia, y los verdaderos grandes libros serios de Historia llegan ahora, en 2009. El Franco-polaco Jean-Charles Szurek y la franco-polaca Annette Wiewiorka coordinaron un gran libro, después de un coloquio, que se llama *Judíos y polacos (Juifs et Polonnais 1939-2008)* y el historiador polaco Jean Gross, publicó en 2006, en Estados Unidos *Miedo. Antisemitismo en Polonia después de Auschwitz*. El poeta se nos anticipó cuarenta años, se nos anticipó sesenta años.

De la misma manera que el prodigioso escritor Alexander Solzhenitsyn, en esa obra monumental que se llama *El archipiélago Gulag*. El puro título ya manifiesta el poder de la intuición literaria ¿a quién se le hubiera ocurrido la imagen del archipiélago para una institución penitenciaria de campos de trabajo forzado dispersa a lo largo de la inmensidad de la Unión Soviética? Y ese libro, mejor dicho, los tres tomos de esa obra enorme, que le valió a Solzhenitsyn la expulsión de la Unión Soviética y la pérdida de su nacionalidad, tiene como subtítulo “Ensayo de investigación literaria”. Cuando en realidad es un libro de Historia oral. Entrevistó a 211 sobrevivientes del Gulag y coleccionó sus recuerdos, su correspondencia, sus cartas. Cuando salió el libro, yo recuerdo muy bien, en Francia, mucha gente de izquierda quedó escandalizada diciendo: “¡Otra vez una obra antisoviética primaria! La reacción, la CIA está detrás de Solzhenitsyn”. Solzhenitsyn regresó en Rusia en 1994 como un héroe y Rusia publicó, treinta años después, *El archipiélago Gulag*.

Sabemos que muchos novelistas desde el siglo XIX han afirmado que sus obras ofrecen una comprensión de la Historia superior a la de los historiadores. Balzac, por ejemplo, lo afirmaba.

Al mismo tiempo manifestaba un enorme respeto para la Historia. Pero Balzac en una broma dijo alguna vez “Le hago competencia al estado civil”, con su creación de cientos de personajes fabulosos en su gran *Comedia humana*.

¿Porqué superior? ¿Y porqué más profunda? ¿Y por qué el mensaje llega con una eficacia que el historiador pocas veces logra? En diez páginas, nuestro Juan Rulfo en “Nos han dado la tierra”, nos cuenta lo que fue en muchas partes la reforma agraria. De la misma Antonio Estrada evoca de manera soberbia los motivos de los últimos cristeros de la sierra de Durango, que no aceptaron la amnistía de los militares y que se rieron de la excomunión con la cual les amenazaba el clero y que contestaban “Nuestro compromiso es con Cristo, no es con la Iglesia, no es con el Estado.”

“El talento del novelista [cito a Balzac] se manifiesta en la pintura de las causas que engendran los hechos en los misterios del corazón humano que los historiadores ignoran. Los personajes de una novela tienen que desplegar más razón que los personajes históricos. Aquellos piden vivir, estos ya vivieron, y los actos de la vida individual toman entonces una nueva importancia.”

El filósofo Alain interpreta “El lirio en el valle”, de Balzac como la historia de los famosos cien días, el breve regreso de Napoleón, antes de la derrota final de Waterloo. Cien días vistos desde una hacienda de la Francia profunda, desde un ángulo casi fotográfico, peculiar, a distancia lejana de París, Bruselas, Londres y Waterloo, a través del incendio de la pasión imposible, prohibida, entre la castellana y el joven enviado del rey Luis XVIII.

La novela encarna la política, la guerra, el cambio económico y social, la migración, la conversión, en lo doméstico colectivo como en lo individual, en la vida de las familias. Es toda la diferencia, sin quitarle mérito a la segunda obra que voy a citar, pero es toda la diferencia entre *Rescoldo*, de Antonio Estrada y *Los bragados*, de Guadalupe de Anda. El primero hace sentir cómo la Historia irrumpió para amenazar la seguridad del espacio familiar y el segundo denuncia ideológicamente a esos mismos hombres.

En realidad la Historia es omnipresente en la novela, por lo menos, desde principios del siglo XIX y por lo mismo, se equivocan los críticos que dicen que en *La comedia humana* de Balzac no está presente la revolución francesa. Cito a uno de esos críticos: “Hay apenas accidentales alusiones al temblor del 89 que sacudió al mundo”. Karl Marx fue mucho mejor lector, era un lector apasionado de Balzac, los hombres eran casi contemporáneos, Balzac murió joven, pero es fascinante porque Balzac era un católico monarquista que soñaba con la consolidación de la monarquía, mientras que Marx era un revolucionario que no tenía nada que ver ni con la monarquía, ni con la religión católica. Pero Marx tomaba en serio a Balzac, un Balzac que decía que si bien “Las saturnalias de la revolución han terminado, en realidad se han pasado al campo, aparentemente tranquilo, del espíritu, de la industria y de la política”

Limitarse a lo que llamamos, a veces de manera despectiva, la novela histórica, sería tener una visión muy corta de la Historia. Stendhal, Stendhal es un nombre de pluma, se llamaba Henri-Marie Beyle, Stendal es un pueblo de Europa oriental. El futuro Stendhal, intendente de los ejércitos de Napoleón, que participó a la mal dada expedición de Rusia, de regreso pasó por ese pueblo, le gustó el nombre, y se lo tomó. Entonces Stendhal, a propósito de W. Scott, su

contemporáneo Walter Scott que admiraba, decía “Es más fácil describir la vestimenta y el collar de cobre de un siervo de la edad media que los movimientos del corazón humano.” Pero de todos modos las ficciones aportan la inteligencia de las profundidades. Así Álvaro Mutis logró el prodigio de animar un personaje histórico mayor: Bolívar, en veinticinco páginas sobre la muerte de Bolívar, que fue un regalo que hizo a Gabriel García Márquez, y García Márquez después de eso escribió “El general en su laberinto”, evocación también de Bolívar. Y de la misma manera Álvaro Mutis inventó un personaje, que no tuvo existencia histórica, un personaje del imperio bizantino que llama “el estratega”, y en un solo poema, de manera espléndida, resucita a San Luis rey de Francia en su poema que se llama “Nocturno en Al-Mansurâh”, después de la derrota de la batalla de Damietta, de la cruzada que San Luis intentó en Egipto, desembarcó en Egipto, quedó derrotado y preso. “Nocturno en Al-Mansurâh”.

Quizá, para ser un poquito más académico, hay que escuchar al escritor brasileño, espléndido novelista, Guimarães Rosa, que tuve la suerte de escuchar hace más de cuarenta años. Hace más de cuarenta años que me obsesiona el tema de Historia y ficción. Y en una conferencia Guimarães Rosa nos dijo: “Una historia no quiere ser Historia”, en español y en francés no suena, pero en portugués “A estória não quer ser história” hay dos palabras diferentes, como en inglés, *Story* e *History*. *Estória* es el cuento, “abuelo cuéntame una historia”. No es la Historia de los historiadores, puede ser *Blancanieve* o *Capercucita*, bien. “A história as veces, debe ser contra a história”, *estória* es ficción, *historia* con hache chica es relato, narrativa verdadera, narrativa fáctica. A propósito de la aparición de muchas novelas que oscilaban entre Historia y ficción nos decía:

“Mientras en la centuria pasada, a los escritores no les disgustaba que sus novelas fueran clasificadas como históricas, hoy a nadie le gusta recibir el adjetivo, porque pesan las discusiones que se dieron desde 1819, el cuento es viejo, cuando Walt Scott publicó *Ivanhoe*, entre novelistas y eruditos que eran dados a encontrar situaciones históricamente falsas.”

Es interesante ver como a veces hay confusiones, incluso de parte de espíritus brillantísimos, por ejemplo Goethe, el gran Goethe llegó a decir que se escribían novelas históricas para huir del presente. En sus famosos diálogos paseos con su fiel secretario Eckermann, dice que Schiller se refugió en la filosofía y que el italiano Alessandro Manzoni, el autor de los famosos, fabulosos, *Los novios*, novela histórica italiana, dice que Manzoni se refugió en la Historia. “Manzoni es un poeta nato, como Schiller, pero nuestro tiempo es tan calamitoso que ya no encuentra el poeta en la vida de los hombres que lo rodean, naturaleza alguna aprovechable”. Ese ero el diagnóstico de Goethe. No creo que Manzoni, que era un luchador romántico, no solamente para la unificación italiana, sino para la unificación de Europa, fundó La joven Italia, y fundó también La joven Europa y era un católico utopista, utópico, que soñaba del Papa no solamente como presidente de una federación italiana, sino como presidente de los Estados Unidos de Europa. Así que Manzoni no se refugiaba en la novela histórica, he leído esa novela cuando era chico en una versión para niños, no la he vuelto a leer, no sé porqué Manzoni la escribió, pero se Manzoni escribió varias novelas históricas, pero también escribió un libro de Historia, que los historiadores respetan, se llama *Historia de la columna infame*, que es una historia documental a partid de los archivos; la condena de dos inocentes que fueron acusados en 1630 de propagar la peste en Milán, y allí escribe un libro de Historia para demostrar, sin concesión alguna, hasta donde pueden llegar nuestros miedos y nuestras bajezas.

Ahora, regreso a Luis González, que decía que leía poesía y ensayos. Que antes de sentarse a escribir, se daba un duchazo de buena prosa; Alfonso Reyes, Borges, por ejemplo, pero que había dejado de leer novelas. “Porque me aburren, ya que la Historia es una novela mucho mejor que todas las novelas.” Y gustaba de citar a Alfonso Reyes: “Dato comprobado, eso es el historiador, interpretación comprensiva, debería ser el historiador y buena forma artística, son los tres puntos que cierran el triángulo de las fuerzas para escribir historia y ninguno debe faltar.” Y lo que pasa es que normalmente la buena forma artística es lo que nos ha faltado siempre a los historiadores, no fue el caso de Don Luis que inventó su estilo único que muchos han intentado imitar, que no han logrado imitar y que surge por la primera vez, de manera contundente, en su libro *Pueblo en vilo, microhistoria de San José de Gracia*, título académico que le fue impuesto por la academia, él quería llamarlo *Historia universal de San José de Gracia*. Antonio Alatorre, muy conocido en Guadalajara, Antonio Alatorre dice que tiene una enorme admiración al estilo de Luis González y que hubiera dado mucho para poder escribir como Luis González.

Las ficciones, muchas veces, precisamente, son capaces de cerrar ese triángulo definido por Alfonso Reyes, que los historiadores no alcanzamos a cerrar, por eso hay que escuchar a Boris Pasternak cuando a propósito de la revolución en Rusia, antes de escribir su fabuloso *Doctor Zhivago*. La película es emotiva, pero la película no alcanza el diez por ciento de la novela.

“Hay que hablar de tal manera que el corazón duela y los cabellos se paren sobre la cabeza. Hablar de ella, de la revolución rusa, de manera habitual y machacona, hablar de ella sin asombrar, hablar de ella sin el *relief* con el cual Gogol y Dostoievski describieron a San Petersburgo, no solo no tiene sentido ni razón alguna de ser, sino que escribir así es vil y deshonesto. Hasta ahora hemos quedado lejos de este ideal.”

Él lo logró con *Doctor Zhivago*, Vassili Grossman lo logró con *Vida y destino*.

Vassili Grossman que había sido corresponsal de guerra en Stalingrado, que había ganado Premio Lenin, Premio Stalin por sus reportajes, por una novela de guerra sobre los combatientes de Stalingrado, murió en 1960, sin ver publicado *Vida y destino*. El manuscrito tenía que pasar por la asociación de escritores soviéticos, que tenía un representante del KGB y el veredicto sobre esa gruesa novela, que le hace la competencia a *La guerra y la paz* de Tolstoi. El mismo título, *Vida y destino*, es como el título *Guerra y paz*. La anotación sobre el expediente de Vassili Grossman es a no publicar por la eternidad. Solzhenitsyn logró un *microfilm* de ese manuscrito y logró pasarlo a Europa. Se publicó en Francia por la primera vez en 1975. Con un retraso inexplicable se acaba de publicar en España, en una excelente traducción. Si quieren leer una novela que les arranque lágrimas, lean *Vida y Destino*. Es 1941, 42, 43 alrededor de la batalla de Stalingrado y del principio del genocidio del exterminio de los judíos de los territorios ocupados por el ejército Nazi. Hay que saber que la madre de Vassili Grossman y unos sobrinos de Vassili Grossman que él había mandado de vacaciones a Ucrania, fueron de los primeros en exterminar.

Les quiero leer algunas citas de un escritor francés que conocía yo como poeta, pero que no conocía como ensayista y mucho menos como crítico, zagas, profundo, de la Historia como la escriben los historiadores. Estoy hablando de Paul Valery, que Luis González me hizo descubrir en su biblioteca de San José de Gracia durante su año sabático. Escuchen a ese escéptico, que los historiadores franceses, a excepción del gran Mark Block, prefieren no leer. Tan temprano como en 1906 escribe a un amigo, que le pregunta sobre la Historia. “Qué imponente dama, la Historia.

Me haces terribles preguntas, pero contestarte sería decir Historia igual a literatura.” En 1915 apunta en sus cuadernos, cuadernos que se publicaron después de su muerte. “La Historia, un sentido ultra delicado de la arbitrario hace que repugne a la Historia. Los historiadores no saben que sin alterar nada en los materiales, hay una infinidad de maneras de ver, conjugar, guardar, alinear. No saber nada de verdad, eso es el carácter del historiador.” En 1930:

“Llaman Historia al producto del trabajo de hombres que cuentan acontecimientos que no vieron, cuando los vieron, no es Historia sino memoria, pero nadie pudo ver la mayoría de tales acontecimientos, que son por naturaleza invisibles. No sólo narran sino juzgan, no sólo juzgan sino que sacan de estos juicios pronósticos, lecciones y profecías, de esto sacan también fobias, mañas, emociones, tales productos de la Historia, tienen precisamente el valor de la Historia misma. La Historia es la forma, la más ingenua de la Literatura.”

Y ahora una pequeña joya, en 1938 escribe a un amigo: “Vi hace poco, en un hermoso catálogo de autógrafos, una carta del general inglés Sir Henry Shrapnel, escrita cuatro o cinco días después de Waterloo, en la cual decía más o menos: ‘Son mis nuevos obuses que ganaron la batalla’” Shrapnel es un género militar, yo no sabía que había un general Shrapnel, Shrapnel es un tipo, efectivamente, de metralla especialmente terrible, y Valery sigue: “¿Shrapnel? ¡Entonces, todo lo que nos contaron no es cierto! Esa batalla que nos pintaron tan confusa con un emperador que tenía calentura, ese Grouchy que no llegaba, ¿Todo falso? Waterloo no hubiera sido en realidad, sino la victoria de una novedad material el ‘hermoso obús del general Shrapnel?’”

Cuando mi amigo Bernard Reynaud me hizo descubrir ese texto me acordé de la novela de Stendhal, *La cartuja de Parma*. Acuérdense que Stendhal fue miembro del ejército de Napoleón. Al principio, *La cartuja de Parma*... bueno: el héroe es un adolescente italiano, Fabrizio Balsera, Marqués del Dongo, y es un admirador perdido de Napoleón, cuando sabe que Napoleón regresó de su exilio de la isla de Elba, pues corre a Paris, pero cuando llega Napoleón ya se fue con su ejército a dar la batalla de Waterloo, y este joven, que tiene dinero, puede comprar caballos, excelentes caballos, cambia de caballos y llega justo a tiempo para caer en medio de la batalla de Waterloo.

“De pronto partieron al galope, al cabo de unos instantes Fabrizio vio a veinte pasos, una tierra arada, que estaba removida de una manera extraña, el fondo de los surcos estaba lleno de agua y la tierra muy húmeda, que formaba la cresta de los surcos, volaba, en pequeños fragmentos negros, a tres o cuatro pies de alto. Fabrizio observó al pasar este curioso fenómeno, en seguida tornó en pensar en la gloria del mariscal, acababa de pasar el mariscal Ney, el príncipe de la Moskowa, con sus húsares, oyó un grito seco junto a él, eran los húsares que caían alcanzados por las balas de cañón. Nuestro héroe comprendió que eran las balas lo que hacía volar la tierra por doquier.”

He intentado, pero no he podido averiguar si Stendhal asistió a la batalla de Waterloo, pero un coronel francés ya difunto Henry Chassaing me dijo, que la tierra removida de una manera extraña, y los pequeños fragmentos negros a tres o cuatro pies de alto obedecían, efectivamente, al efecto del terrible Shrapnel que él había experimentado en la segunda guerra mundial y en la primera guerra de Indochina. Encuentro fabuloso del documento histórico, la carta del inventor, el general inglés, y la literatura. La gran Literatura, Stendhal: *La cartuja de Parma*. En ningún libro de Historia sobre la batalla de Waterloo he encontrado mención del general Shrapnel y de su invención, pero está descrita en la novela.

Paul Valery de nuevo:

“El historiador no dice nunca: ‘Lo que les voy a narrar supone un observador dotado de tales y cuales cualidades, situado en tal punto durante x horas o días o siglos, con un ojo acomodado [otra vez la fotografía o el cine] a tales hechos, de tal escala, sensible a esto y no a aquello.’ Sería destruir la Historia, no se le puede retirar el procedimiento de la falsificación sin destruirla, la precisión la extermina. ¿Y critican la tragedia clásica? Las famosas tres unidades de tiempo, lugar y acción, son condiciones mil veces menos convencionales que las convenciones implícitas de los historiadores. La palabra Historia tiene dos sentidos cuando se escribe con H es un mito que se dibuja amenazador y que nos dice la Historia enseña, la Historia juzgará, es un mito en dos tonterías. Historia con H y filosofía con F son dos géneros literarios vergonzantes por ser literarios, es lo único que les reprocho. Estos monstruos no quieren que se diga que inventan y dan a imaginar. ¡como si fuese poca cosa! ¡Es admirable! En cuanto a la historia con h es un conjunto de escrituras, se lee, divierte, pero nadie ha podido jamás definir la diferencia entre el estado de espíritu del lector de Balzac y del lector del historiador Michelet, ahí está todo para mí, es el mismo ilusionismo.”

Pues Luis González tenía razón Paul Valery la puso y la pone difícil a los historiadores. Este hombre murió en 1945, y por cierto Marc Bloch, en la clandestinidad, en la resistencia de la segunda guerra mundial, antes de ser fusilado por los nazis escribió *Apología por la Historia o el oficio de historiador*, en gran parte para contestarle a Valery, tomando muy en serio a Valery. Un gran historiador mexicano, Don Edmundo O’ Gorman, le daba la razón a Valery en sus *Consideraciones sobre la verdad en Historia*.

“La verdad histórica que tan afanosamente persigue la escuela tradicional es absolutamente inalcanzable. Se trata siempre de una verdad fragmentaria. Lo que para esta escuela se llama interpretar los hechos, no es sino la operación mesiánica, con reajuste o rectificación, de la suma, siempre provisional, del saber histórico. En una palabra, se trata de una verdad siempre diferida e infinitamente proyectada hacia el futuro.”

Y nos invita a renunciar a la famosa pretensión a la imparcialidad, dice: “Por el contrario, hay que admitir con franqueza y alegría que el conocimiento histórico, es parcial, el más parcial de todos los conocimientos” y luego, y eso se lo oí decir en un seminario, según él debemos envidiar la libertad del historiador medieval que no tenía ningún problema porque todo se explicaba por la divina providencia, por Dios.

“Tejía su cuento con faraónica indiferencia respecto a la cronología, la geografía el testimonio interno o externo de los documentos. Ni una nota de pie de página, ni una bibliografía, ningún interno de información exhaustiva y sobre todo, ninguna pretensión de imparcialidad, ese tan ridículo requerimiento en nuestros días, pese a la notoria imposibilidad de cumplirlo”

Y, programa que me encanta, en *Fantasmas en la narrativa historiográfica*, escribió:

“Quiero una imprevisible Historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas. Una Historia susceptible de sorpresas y accidentes, de venturas y desventuras, una Historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieron no acontecer, una Historia sin la mortaja del esencialismo, liberada de la camisa de fuerza de una supuesta causalidad, una Historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación, una Historia arte, cercana a su prima hermana la narrativa literaria.”



Yo creo que casi me podría quedar con esa bandera de combate de Don Edmundo, pero quiero añadir dos o tres cosas.

Sospecho que si me he sentido atraído por las ocultas relaciones ilegales, prohibidas, por la academia, entre la Historia y la literatura, yo podría decir también entre la Historia y el cine, porque el problema es exactamente el mismo, la relación es exactamente la misma, son diferentes formas de narrativas, es que me fascinan todos los fenómenos que tienen que ver con la visión, o la mala visión, o la deformación de la realidad. Lo que me fascina es ver de qué manera, hombres y mujeres, con su toque personal, con su imaginación, sazonan a su modo los hechos y las noticias del pasado.

Joven desempacado en México, empezando mi investigación de la Cristiada, no entiendo cómo pude hacer eso, pero yo creo que cuando uno tiene veinticinco años es capaz de cualquier cosa, fui a ver a la familia del difunto presidente y general Plutarco Elías Calles para pedir permiso de entrar en los archivos del general. Don Fernando Torreblanca, la hija del general, Doña Tencha, me recibieron muy amablemente y me dijeron: Déjenos pensarlo. Luego me convocaron, había como un consejo de familia, con varios ex revolucionarios, ministros de calle, Luis L León, otras personas. Me explicaron que no me iban a dejar entrar, porque el tema era demasiado candente, demasiado reciente, posiblemente tenían razón. Hoy en día el archivo está abierto y es un archivo estupendo, que todo el mundo puede consultar. Y intentaron convencerme de dejar el tema de la Cristiada para estudiar el tema del petróleo. Bueno, es precisamente como cada quien sazona su historia, teníamos actores históricos, Luis L. León había sido ministro, el ingeniero Domingo Lavín, uno de los fundadores de Pemex, estaba Miguel Aranda, que había hecho campaña contra los cristeros en los altos de Jalisco, había sido brazo derecho de Saturnino Zedillo y Fernando Torreblanca había sido nada menos que secretario particular de dos presidentes; Obregón y Calles y ellos me explicaron con la convicción absoluta, con la mayor sinceridad, con la mayor buena fe, que tanto Zapata, como Villa, como los cristeros, pues eran unos, en el mejor de los casos, pobres diablos, pero mejor dicho, unos facinerosos al servicio de las compañías petroleras anglosajonas y que la mejor prueba es que la iglesia católica había creado dos nuevas diócesis, la de Huejutla y la de Papantla, en las huastecas, en territorios de la *British Petroleum Company*. Y me decían, una conclusión literaria hermosísima; “El agua bendita y el petróleo siempre van juntos”. Son elementos que normalmente el historiador no toma en cuenta porque dice: “No es cierto, elucubración.” Y el novelista sí capta que es importantísimo, porque muy posiblemente eso, y ahí sí estoy en la ficción porque no he podido entrevistar al general Calles, pero que muy posiblemente el general Calles lo creía profundamente, de la misma manera que en 27 cuando la crisis al máximo con Estados Unidos le había dado la orden al general Cárdenas, jefe de operaciones militares en la Huasteca, de preparar, de dinamitar los pozos, porque iban a desembarcar los *marins* y Calles dijo, y de eso sí hay testigos: “Les voy a prender un incendio que va iluminar hasta la Nueva Orleans”.

Entonces en este sentido, yo creo que sí, el historiador tiene mucho, pero mucho que aprender del novelista y del director de cine, siempre y cuando sea un gran novelista y un gran historiador de cine. No hablo del aluvión de mediocres, de malas, de pésimas, incluso de difamatorias novelas históricas que son los *best seller* que puede usted encontrar en los aeropuertos y aquí mismo, y no es culpa de las librerías, tienen que ganarse la vida. Pero yo creo que habría que crear un delito en el código penal: la difamación a los muertos. ¿Con qué derecho, un novelista, que además ha recibido formación de historiador y tiene un doctorado en Historia, le pueda

dedicar un capítulo de cincuenta páginas a la copula sexual entre Emiliano Zapata y el hacendado del cual era caballerango? Y en novelas sobre Juárez y en novelas sobre... Hoy en día prácticamente no tenemos un solo héroe que no haya tenido, en los últimos años, su novela histórica, mala.

Vivimos en una cultura en la cual es cada día más difícil distinguir la imagen de la realidad. ¿Qué viene primero la ficción o la realidad? Hay un género que ha invadido las pantallas de televisión, que no es la película histórica, porque en la película histórica uno sabe distinguir entre la realidad y la ficción, pero ahora hay un género mixto, mitad documental, mitad ficción. Documental son los noticieros de la época, pero por lo que falta se contrata actores y se hace una filmación. El historiador lo puede reconocer, el gran público, no siempre. En estados Unidos le llaman a eso *docufaction* o *faction*, que es *fact plus fiction*, *faction*. Ese bombardeo de la televisión y del cine nos envuelve en un laberinto donde "(...) la realidad se disuelve como en un juego sin fin de imágenes". Estoy citando a un autor que murió en 1940, Walter Benjamin, escritor alemán refugiado en Francia que intentó pasar a España y que en su desesperación se suicidó. Hubiera esperado un día más y llegaba la visa que le permitía pasar. Pero bueno, Walter Benjamin profetizó que vendría el día, cuando se dejaría de contar historias y afirmaba que el monopolio latente de los medios tecnológicos sustituiría el aura auténtico de la imaginación por las técnicas anónimas de la información. Lo estoy citando: "La novela es una forma de arte que abre perspectivas alarmantes sobre la confusión creciente entre imagen y realidad y la creciente incapacidad de nuestra época para distinguir correctamente entre la realidad y la ficción." Es un texto de 1938, es prodigioso, cuando todavía no existía la televisión.

En el actual diluvio de malas novelas históricas, por ejemplo *El código Da Vinci*, cuántas personas no me han preguntado, y esperan una contestación positiva evidentemente, ¿Verdad, usted que es historiador, verdad que es cierto lo que dice *El código Da Vinci*? La imaginación amenazada, pues es el problema de lo que algunos quieren llamar "la nueva novela histórica". La crecida de obras pertenecientes a tal género que incluye ahora la novela policiaca, así como a la novela política, efectivamente puede arruinar la literatura. Cada semana una o dos ficciones históricas figuran en la lista de los libros más vendidos en México, y es una realidad muy conocida que la ley de Gresham se aplica a la literatura, y no sólo a la moneda, "la mala moneda corre a la buena." El fenómeno es internacional y los grandes *thrust editorials* lo estimulan ¿Quién resiste a un cañonazo de 100, 000 ejemplares? Y cuando llega a 500, 000 o a 5, 000, 000 en 37 idiomas, como *La catedral* que está aquí amontonada en pilas, en el sótano en la Ghandi. La triste realidad es que por un *La muerte del estratega* de Álvaro Mutis, por unas *Noticias del imperio* de Fernando del Paso, hay treinta obras pésimas. Las docenas de libros policiacos que llegan cada mes a las librerías con autores de todo el mundo, faltan de imaginación, casi todos, al inspirarse muy de cerca de la historia inmediata o reciente, aprovechando, de manera mala, insisto en lo de la difamación, de un Hitler o de un Pio XII presentado como el Papa de Hitler, o como los Kenedy, presentados como una bola de asesinos, o de Mao Tse Tung. ¿Dónde queda la ficción personal? ¿Dónde quedan los sueños despiertos sobre los posibles desarrollos de mi personalidad? Porque cuando leo, es como cuando como o cuando bebo, la novela deja de ser un instrumento de trabajo sobre sí mismo, para crear la ruptura, la novedad, para entender algo, para cambiar. La lectura de una novela puede cambiar al lector, pero la gran mayoría de esas nuevas novelas históricas no sirven para esto. Por lo tanto no creo que sea positivo que el novelista busque, hoy en día, su inspiración en la Historia.

Quiero la verdadera novela, totalmente imaginada, como las de Milan Kundera, como la *Epopéya del bebedor de agua* de John Irving, como *Gargantúa* del enorme Rabeleis, francés del renacimiento, como El quijote. Y en cuanto al historiador, pues debe escuchar a Chesterton. Un Chesterton que me hizo descubrir una vez más Luis González. “La verdad tiene que ser forzosamente más extraña que la ficción porque la ficción nos la hemos hecho nosotros a nuestra medida” parece que estoy diciendo lo contrario de lo que decía al principio, pues es un círculo y la serpiente se muerde la cola, por eso termino con la cita, ya leída, de Pasternack

“Hay que hablar de la revolución rusa de tal manera que el corazón duela, que los cabellos se paren sobre la cabeza, hablar de ella de la manera habitual y machacona, hablar de ella sin asombrar, hablar de ella sin el *relief* con el cual Gogol y Dostoievski han descrito San Petersburgo no solamente no tiene sentido, ni razón de ser, sino que escribir así es vil y deshonesto. Nos encontramos todavía lejos de tal ideal.”

Es lo que hay que hacer para transmitir a los demás su propia emoción de la Historia, pero eso implica sentir emoción y muchos historiadores hacen su talacha sin emoción.

En marzo del 71 terminé de redactar mi tesis doctoral de la Cristiada, en la última cuartilla está escrito, seguramente yo lo escribí, pero normalmente uno no se relee y cuando lo hace se sorprende de este extranjero que escribió esto.

“Todo análisis se asemeja más a un proceso que a una fría exposición, no deben hacerse callar los propios sentimientos que constituyen la tercera dimensión de la historia. Hemos de reconocer que hacer Historia es entregarse al caos. Sentimientos, emoción, la de los que dejaron sus testimonios orales o petrificados en el escrito, la emoción del historiador que siente sus vidas cuando los muertos se vuelven portadores de anunciaciones nuevas y la Historia empujada hacia el estado de leyenda, de epopeya, de novela, iluminada con una luz interior, se vuelve una función que jamás se pierde.”

Muchas gracias.